

Conversación 55
UNA CONVERSACION CON PAUL VALÉRY
(O CERCA DE LA FILOSOFÍA Y LA POESÍA)

París, 20 de marzo.

Paul Valéry, miembro de la *Académie Française*, es un hombrecillo de exterior modesto, de rostro delgado, de cabello blanco, que recuerda mucho a ciertos distinguidos ex empleados ya jubilados de los ministerios franceses.

Es distraídamente afable con los desconocidos; aun cuando junto con Alain sea considerado el *penseur national*, habla gustosamente con los que gustosamente le escuchan.

No había tenido valor para ir en su busca, pero lo encontré por casualidad en un almuerzo de amigos comunes, y por espacio de varios minutos pude conversar con él.

Cuando supo que yo era ciudadano norteamericano, creyendo hacerme un favor recordó en seguida a Edgar Poe.

- Poe ha sido uno de los grandes maestros de mi gran maestro Mallarmé, y yo mismo escribí un ensayo sobre *Eureka*, pues considero que este libro ha sido dejado de lado, con excesiva ligereza, por los literatos ignorantísimos de todo lo que es ciencia y pensamiento. Lo cual no quiere decir, añadió con una maliciosa sonrisa, que sean muy sabios en su arte. Poe, lo mismo que yo, fue poeta y filósofo, tomando esta palabra en su más humilde significado etimológico.

Le pregunté cómo se podían unir, en una misma persona, dos facultades que para los profanos parecen ser incompatibles entre sí.

- Los profanos - respondió, no pueden hablar sino como profanos o sea como esos que nada saben de las cosas de las que quieren hablar. Desde los griegos hasta nosotros la verdadera poesía es también pensamiento, y por otra parte, el verdadero filósofo no llega a ser tal si no tiene en sí algo de la imaginación que es la trama secreta de la poesía. Poetas y pensadores escriben dictándoles los dioses, pero como usted lo sabe, los dioses son avaros y celosos, y no dictan más que el primer verso del poeta y el primer párrafo del discurso.

Le pregunté entonces cuál de las dos actividades le había proporcionado goces más profundos, y me respondió

- Ni el poeta ni el filósofo van en busca de goces. La poesía no es un vino generoso ni es la filosofía un éter que cause placer. Estos dos superiores juegos de los más nobles espíritus son, casi siempre, fatigantes y engañosos. La poesía, cuando tiende hacia lo absoluto se halla frente a lo inexpresable; el pensamiento, cuando intenta poseerse plenamente a sí mismo, se debate contra el muro de lo imposible.

»La verdadera, la única tragedia del hombre es la que yo mismo he vivido y recitado hasta la última escena. El hombre que sale de lo común descubre que la más elevada operación posible es la del pensamiento desinteresado, del pensamiento no envilecido al servicio de los dogmas de la civilización ni destinado a consolar los temores de los débiles. Pero el pensamiento puro es un microscopio quemante, que consume aquello mismo que debería hacernos ver; a fuerza de análisis, de profundizaciones, de críticas, subdivisiones, hasta el pensamiento más independiente y audaz se corroe y mina a sí mismo, se da cuenta de su propia falacia e inutilidad, disuelve y destruye su propio objeto. El pensamiento que no conoce el temor siempre concluye por ser suicida. La única actividad del hombre, pues, que vale la pena ser cultivada, conduce a la desesperación y al aniquilamiento. Los que no saben o no admiten esto...».

Lamentablemente, en aquel preciso instante se acercó a Paul Valéry una bella y joven señora, prodigándole una sonrisa maravillosa que invitaba más que cualquier frase, y el *penseur national*,

haciendo un gesto de excusa dejó truncado su doloroso raciocinio. Durante el resto de la noche no logré acercarme a él nuevamente.